



EL MONTE QUE HUMEA

Julio Glockner

Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades

Universidad Autónoma de Puebla

Los grandes volcanes del Altiplano Central mexicano no sólo conforman una geografía física, resultado de milenarios eventos geológicos, también constituyen una geografía sagrada producto de seculares procesos culturales y religiosos.

El hecho de que la humedad proveniente del Golfo se condense en grandes masas de nubes en la cima de estas grandes montañas, ha hecho evidente, a los ojos de los pueblos agrícolas que han poblado sus laderas durante siglos, que un fuerte vínculo entre el cielo y la tierra se ha establecido en las zonas más altas de estos montes.

Esta primera consideración, que resulta del cultivo de la tierra y de la observación de que los ciclos agrícolas están emparentados con los ciclos atmosféricos, concibe a los volcanes como algo vivo y actuante, no como simples cosas inertes, sino como entes capaces de proporcionar a los humanos grandes beneficios o serios perjuicios.

Cuatro grandes volcanes dominan la geografía sagrada del centro de México: Popocatepetl, "Monte que humea" (5,465 mts), Iztaccíhuatl, "La mujer Blanca" (5,230 mts), Matlalcueye o Malinche "La de la Falda Verde" (4,461 mts), Citlatépetl, "Cerro de la Estrella" o Pico de Orizaba (5,675 mts). Al considerarlos dadores de lluvia y del agua que fluye por la superficie de la tierra y por el subsuelo, los pueblos asentados en sus laderas han ritualizado su relación con ellos estableciendo lugares de culto en diversos sitios, algunos de los cuales rebasan los cuatro mil metros sobre el nivel del mar. La llegada anual de las lluvias durante la primavera y el verano reverdece los campos y propicia los cultivos en toda la región. De este periodo depende el mantenimiento de las familias campesinas que cultivan en tierras de temporal. La ascensión a estos sitios para ofrendar, orar, agradecer y solicitar diversos favores, implica un tránsito de la cotidianidad profana a un tiempo y un espacio consagrados en los que se accede a una experiencia mística con la naturaleza y con los espíritus y deidades que la habitan y la gobiernan.



Pero el carácter sagrado de los volcanes no reside únicamente en ser proveedores de lo indispensable para el sustento humano: agua, madera, piedra, campos fértiles, plantas y animales. Lo sagrado se gesta también en su presencia misma, en la imponente majestad de sus cuerpos verde-azules que hacen posible el contacto del suelo con el cielo. En el misterio que representan la profundidad de sus cuevas, consideradas tradicionalmente como puertas de acceso al inframundo; en la espesura de sus bosques y sus laberínticas cañadas, que no sólo albergan especies animales, sino también una fauna mítica y diversos seres espirituales; en la silenciosa soledad de sus arenales cubiertos por la gélida blancura de la nieve y los glaciares. A todo ello habría que añadir, en el caso del Popocatepetl, el inquietante enigma de ser un volcán activo que ha lanzado piedras incandescentes e impresionantes fumarolas durante los últimos diez años.

Un conjunto de deidades muy cercanas entre sí está asociado a estas montañas mediante relatos míticos y prácticas rituales: Tláloc, numen de los cerros, la lluvia y el rayo; Chalchiuhtlicue - Matlalcueyetl, deidades de los manantiales, los ríos y las lagunas, íntimamente asociadas con Tláloc; Quetzalcóatl, numen del viento; Chicomecóatl, diosa del maíz; Xochiquetzal, diosa de la belleza y el amor; Xochipilli - Centéotl, príncipe de las flores, la danza y el canto, joven dios del maíz. Un frecuente desacierto ha considerado a estas deidades como sujetos individuales y no como metáforas de los ciclos cósmicos, sus transformaciones y sus ritmos. Sean celestes o telúricos, todos estos númenes nos remiten a procesos naturales que tienen que ver con el desplazamiento de las nubes en el cielo, el descenso fecundo de las lluvias sobre los campos, la fertilidad de la tierra y la aparición en ella de una abundante vegetación entre la que destaca una planta cultivada desde hace siete mil años: el maíz.

El milenario proceso de deificación de la naturaleza ha generado lo que podríamos llamar una geografía sagrada, es decir, una conjunción del espacio terrestre, habitado o no por el hombre, con un imaginario religioso que se nutre tanto de la tradición oral, como de revelaciones oníricas, visiones chamánicas y los más diversos discursos de las iglesias cristianas con las que se ha sincretizado la tradición religiosa mesoamericana y que comprenden, desde la Biblia, hasta el más modesto sermón pronunciado en el púlpito de una iglesia pueblerina.



Los conocedores del tiempo

La altura de las montañas las aproxima al cielo, ámbito sagrado por excelencia. Esta cercanía con “lo alto” hace de los volcanes una habitación de las deidades, un lugar de descenso de seres espirituales y, en consecuencia, un sitio desde el cual es posible ejercer el control de los fenómenos atmosféricos.

La mediación de la montaña entre el cielo y la tierra le otorga una condición de “centro” a través del cual pasa el eje del mundo. Es precisamente esta característica la que convierte al Popocatepetl en un volcán sagrado. Por esta razón se han erigido en su cumbre lugares de culto desde la época prehispánica, sitios rituales donde se invocan poderes sobrehumanos, pues en ellos es posible establecer vínculos entre las diferentes dimensiones cósmicas. Lugares como El Ombligo, en Puebla, El Divino Rostro, en Morelos, o la cueva de Alcala, en el estado de México, son “centros” o “mitades” del mundo que permiten la comunicación de la tierra habitada por los hombres con el nivel celestial y el inframundo, poblados por deidades, ángeles, espíritus temporales y espíritus de antepasados.

Los hombres y mujeres que tradicionalmente han asumido ante Dios, ante los entes espirituales y ante sus comunidades la responsabilidad de realizar la tarea de atraer y controlar el temporal, reciben diversos nombres de acuerdo a la zona en que habitan. Pueden ser llamados tiemperos, aureros, aguadores, trabajadores temporales, graniceros, conocedores del tiempo, quiaclazques, cuiltamas, quiamperos, conjuradores y quiapequis. Esta diversidad nominativa tiene sin embargo una unidad que distingue su trabajo del de otros especialistas de la región. Un par de características los identifican entre sí: La primera consiste en haber recibido un “don” del mundo sobrenatural que los faculta para establecer contactos entre los dos niveles de la existencia, el material y el espiritual; la segunda reside en la forma bajo la cual se lleva a cabo este contacto, que en la región tiene dos variantes: la posesión y el chamanismo.

El otorgamiento del don puede suceder a cualquier edad. La tradición local ha privilegiado la caída de un rayo como la manera más sobresaliente y poderosa de ser elegido desde “lo alto” para desempeñar este trabajo. La caída de un rayo en el cuerpo de



una persona o muy cerca de ella revela una muy antigua relación con Tláloc, deidad de las tormentas que en múltiples ocasiones fue representado sosteniendo un cetro-rayo en una de sus manos. Algunos de estos cetros, elaborados en forma ondulada, semejantes al movimiento de una serpiente, han sido descubiertos en medio de la nieve por arqueólogos de alta montaña. Otras formas de recibir el don están asociadas al padecimiento de ciertas enfermedades, que se presentan como incurables hasta que el "elegido" se incorpora a un grupo de pedidos de lluvia mediante un rito de iniciación. Otra manera son las revelaciones oníricas, en las que el "endonado" recibe en sueños indicaciones sobre lo que debe hacer.

En todos los casos la persona elegida debe tener el reconocimiento de algunos miembros de su comunidad que legitimen su iniciación y su desempeño como especialista en el control mágico del clima.

La actividad del trabajador del temporal tiene dos expresiones: la posesión, practicada en algunos casos por personas que pertenecen al culto trinitario mariano, que consiste en la anulación del yo para dar lugar a la ocupación del cuerpo del poseso por parte de uno o más espíritus, que se expresan a través de la materialidad de la persona con la finalidad de dar un mensaje, ser consultados respecto a los más diversos problemas, diagnosticar padecimientos y dar indicaciones terapéuticas. La otra forma, característica del chamanismo, consiste en que el espíritu del endonado realice un "viaje" o "recorrido", principalmente en sueños o mediante la utilización de enteógenos, a fin de conocer la situación del temporal, recibir mensajes, combatir adversarios, descifrar enigmas y tomar decisiones referentes al modo como se deberá actuar ritualmente cuando se visiten los lugares sagrados, ocasiones en las que se ofrendará a Dios, a los espíritus de los volcanes y a los tiempos que han fallecido.

Una iniciación por el golpe de un rayo le sucedió a doña Teófila Flores, del pueblo de Hueyapan, en las laderas meridionales del Popocatepetl, cuando apenas tenía diez años:

Vino el relámpago y me mató veinticuatro horas. Me velaron toda la noche y al amanecer ya me van a enterrar. Ya fueron a traer la caja para ir a rascar. Cuando vieron, ya estoy sentadita, era yo chiquita, de diez años, y después, cuando ya venía el temporal, enrollaba yo mi petate y me metía yo dentro para que no me pegue el



rayo, tenía yo mucho miedo porque el rayo me pegó acá, en la cabeza, acá me pegó y bajó hasta acá hasta mi pie. Fue en el solar de mi casa cuando el rayo me desbarrancó de un capulín donde estaba yo subida y me aventó lejos.

Esta muerte ritual señaló un destino en la vida de doña Teófila, quien creció sabiendo que había sido elegida desde el cielo para trabajar con el temporal, a lo que se dedicó algunos años después, cuando fue una mujer madura. La experiencia de su infancia marcó por primera vez una transición de lo profano a lo sagrado, paso que fue reconocido por sus padres y después por ella misma cuando comenzó a tener revelaciones en sueños. Cuando conocí a doña Teo tenía noventa años y murió a la edad de noventa y siete. Por su edad ya no podía subir hasta el Divino Rostro del Popocatepetl, lugar sagrado ubicado a más de cuatro mil metros, de modo que, no sin remordimientos por lo que consideraba una falta, depositaba sus ofrendas en los nacimientos de agua, las cañadas y algunos cerros cercanos a su pueblo. En una ocasión me confió un sueño que tuvo con el espíritu del volcán:

Antes soñaba mucho, porque subía todos los cerros, pero ahora ya no, ya son trabajos míos, ya nomás sueño cuando no hay nada de fruta ni con qué se va uno a mantener. Cuando sueño viene un hombre, grande, blanco, blanco, güero, y ahí me habla. Trae un caballo blanco y una espada, relampaguea, brilla, me dice: ¿Qué estás haciendo? Nada, le digo, pasa. Dice: No cabe mi caballo, nomás quiero platicar contigo ¿por qué me has dejado? , yo no tengo ropa, no tengo qué taparme. Le digo: Pues no he ido porque ya no tengo fuerzas. Me dice, las fuerzas te las voy a dar, si quieres vamos. Dice: ¡Ay mujer! ¿Pues que no me conoces? No, le digo, no lo conozco ¿quién es usted? Entonces me pone el brazo aquí, como que me abraza y está frío, frío. Me despierto, comienzo a rezar y me pongo a llorar. Digo, ¡Ay Dios! Yo no puedo ir, ya no tengo fuerzas. Luego mando a mis muchachos: ¡Anden, vayan a dejar esta ofrenda!.

En la región de los volcanes los sueños están determinados por la ubicación geográfica de los pueblos. Los campesinos de Puebla, que tienen hacia el poniente al Popocatepetl y la Iztaccíhuatl, suelen soñar con ambos volcanes, pero los campesinos de Morelos sólo sueñan con el volcán y no con "la volcana". Don Epifanio, un hombre plenamente entregado a su trabajo como pedidor de lluvia, hizo un recorrido onírico al interior del Popocatepetl. En



ese sueño, característico del vuelo chamánico, pudo descubrir aquello que hace del volcán una montaña sagrada:

Que se abren las puertas del volcán y que me meto, que empiezo a revisar adentro. Adentro es una iglesia muy bonita, muy grande, de veras. Allí cada santito tiene un cuidandero. Entonces yo anduve mirando adentro, todo lo que es el volcán y llegué a un rinconcito donde se veía Nuestro Señor Jesucristo, y el cuidandero me dice: 'te lo dejo en tus manos'. Era una imagen aquí así, de la cintura para arriba. Bueno, pues yo vi que me lo eché en la bolsa nada más y seguí caminando. Anduve revisando donde estaba el señor San Miguel Arcángel, el señor San Gabriel, allí anduve mirando hartos santitos... Es que en el volcán hay todo. Ahí está Nuestro Señor Jesucristo y a Él no le hace falta nada. Ahí tiene de todo, semillas y de todo. Ahí está la abundancia y por eso tenemos que comer de ahí, del volcán. Por medio de las nubes ya lo vienen a regar y ya nosotros tenemos el pan de cada día. Es como si lo trajeran de allá, porque riegan, porque en lo espiritual así es, y entonces, en lo material, también.

En el silencio de la noche, cuando miles de personas duermen en los pueblos que rodean a los volcanes, éstos poderosos soñadores que han sido elegidos desde el cielo o por el propio volcán, llevan a cabo una intensa actividad onírica para cumplir con la noble tarea de propiciar la lluvia y procurar el mantenimiento de la gente que habita la tierra. Viajan en sueños a lugares remotos para regar la tierra con grandes mangueras, acompañados por ángeles y otros espíritus celestiales; tienen conversaciones con espíritus de antepasados que les revelan claves o les plantean enigmas a resolver, indispensables para lograr un buen temporal; se ven implicados en peligrosos combates con adversarios armados, brujos o animales malignos que representan las fuerzas dañinas que traen la sequía, las heladas o las tormentas que ponen en peligro los cultivos. Durante la temporada de lluvias las noches no son de descanso para los trabajadores del temporal, son noches agitadas, de angustia y aflicciones que deben resolverse durante el día mediante la súplica y la oración individual en el altar familiar, pero también a través de la actividad ritual colectiva en los lugares sagrados.



El tiempiero está plenamente consciente de su responsabilidad y sabe que no debe pedir sólo para sí mismo o para los miembros de su comunidad, sino para "el universo entero". En sus invocaciones debe recorrer cada uno de los puntos de una geografía sagrada que garantizan la distribución equitativa de la lluvia para que el mundo entero se beneficie con ella. En las ofrendas que generalmente se disponen al pie de unas cruces de madera, se está retribuyendo a los espíritus que habitan en los cuatro rumbos del universo. A ellos se les habla suplicando y agradeciendo sus favores, orando y cantando alabanzas, cubriendo los recintos ceremoniales con flores y humo de copal, disponiendo al pie de las cruces comida y bebida cuyos aromas serán aprovechados por los seres sobrenaturales que hacen posible que la vida perdure.

Durante la celebración de un ritual los asistentes tienen el pleno convencimiento de que lo que ahí se ejecuta permite el contacto del mundo material con "lo espiritual", con la realidad primordial. Los entes espirituales están ahí, *presenciando* lo que acontece. Presenciar quiere decir aquí desplegar una presencia aunque esta escape a los sentidos. Los asistentes a los rituales saben que los espíritus están ahí y esto es suficiente. Pero *presenciar* quiere decir también participar, es decir, tomar la esencia y los aromas de aquello que se ofrenda y colaborar con los hombres que los convocan en la noble tarea de procurar un buen temporal que traiga consigo bienestar en ambos lados de la existencia.

El sueño y el sismógrafo

Cuando en el mes de diciembre de 1994 comenzaron a salir gruesas columnas de ceniza y vapor del cráter del volcán Popocatepetl, cubriendo de gris el cielo, los campos y las calles de algunas ciudades, hubo una gran conmoción y un cambio en la percepción y las ideas que se tenían del volcán.

Las espesas fumarolas que se elevaban en el azul del cielo, los impresionantes tronidos provenientes del interior del volcán y las piedras incandescentes que salían disparadas en medio de la noche, transformaron un apacible paisaje de montañas nevadas, al que todos estábamos acostumbrados, en la posibilidad de un grave peligro latente en las entrañas del Popocatepetl, que de pronto se nos reveló como un volcán activo.



Estos acontecimientos, magnificados en la televisión, dieron lugar a muy diversas interpretaciones entre la gente del campo y la ciudad. Las explicaciones que de inmediato surgieron pueden agruparse en dos grandes campos: por un lado el sentido común urbano, cuya lógica se encuentra ordenada por ciertas nociones y razonamientos de carácter científico; por otra parte el sentido común de la gente del campo, cuya lógica se ordena según ciertas nociones y razonamientos de carácter mítico y religioso.

Durante las semanas que siguieron a la primera gran emanación de ceniza, que provocó el desplazamiento de 20 mil personas a albergues improvisados en el estado de Puebla, ambos conjuntos de ideas generaron, cada uno en su propia dinámica, una representación del riesgo volcánico y una actitud consecuente con su concepción de la vulnerabilidad. Fue así como se organizaron misas, procesiones, ofrendas y rogaciones colectivas en el medio rural, mientras en las ciudades se organizaban reuniones de científicos y funcionarios, congresos de especialistas y una intensa actividad periodística. Las fumarolas del Popocatepetl permitieron el resurgimiento de una vieja dicotomía que ha recorrido la historia del país y que enfrenta a la tradición con la modernidad, dicotomía que tiene como trasfondo la polaridad entre lo sagrado y lo profano.

Mientras que un habitante de la ciudad piensa que un volcán es un "fenómeno natural", es decir, un cono gigantesco de tierra formado a partir de una grieta por la que han subido y pueden seguir subiendo gases y materiales muy calientes, y mientras su sentido común (influido por la escuela, el cine y diversas publicaciones) le indica que se debe estar muy alerta ante la activación de un volcán cercano, un habitante del campo piensa que un volcán fue plantado en la tierra por Dios en los tiempos primigenios, que su interior puede calentarse "como una olla de frijoles" y que sólo Dios tiene el poder para decidir si ese volcán le hará o no daño a los hombres.

La actividad del volcán ha confrontado durante una década estas dos perspectivas, cada una de ellas con un personaje representativo. El primero es el hombre de ciencia. El científico sabe, no sólo porque su ambiente cultural le proporcionó ciertas nociones, sino porque se especializó en estos estudios, que nuestro planeta está formado por varias capas, en cuyo centro se encuentra un núcleo interno y otro externo que lo cubre, que a su vez ambos están cubiertos por una tercera capa llamada manto, que tiene una parte blanda y



otra rígida, y que esta última, junto con la corteza terrestre forman la litósfera. Sabe también que la litósfera se mueve lentamente sobre la parte blanda del manto y que está fragmentada en enormes porciones terrestres llamadas placas tectónicas. Cuando un volcán hace erupción, este científico tiene la idea de que se debe a que las placas tectónicas se rozan y chocan entre sí y que estos impactos derriten las rocas produciendo el magma, que cada cierto tiempo sale expulsado a la superficie de la tierra por los cráteres volcánicos provocando una erupción. El vulcanólogo conoce los límites de su disciplina y sabe que la ciencia no está en condiciones de predecir, con exactitud, un incremento en la actividad del volcán que pondría en peligro a la población.

El otro personaje, el conocedor del tiempo, sabe, no sólo por que su ambiente cultural le proporcionó ciertas nociones, sino porque él ha sido golpeado por el rayo y ha tenido revelaciones en sueños, que la tierra fue hecha por dios y los volcanes fueron plantados por Él en los tiempos primigenios. Así o dicen la Biblia, la tradición oral y los mitos nahuas de origen de la región. Pero él también sabe, no sólo porque la memoria colectiva lo indica, sino porque lo ha experimentado intensamente durante su iniciación chamánica, que el mundo está habitado por poderes invisibles que sólo se revelan ante ciertas personas señaladas desde el Cielo en ciertas circunstancias. Durante estas revelaciones, el volcán personificado en un anciano les ha manifestado que nada grave sucederá por el momento, que sólo cuando el Padre Eterno lo decida y se lo ordene, él provocará una erupción de mayor peligro.

La diferencia es radical, no sólo en cuanto a las causas de las emanaciones de lava y ceniza, sino en cuanto a la apreciación del riesgo ante un eventual incremento en la actividad del volcán. Para los campesinos y los tiempersos se trata de un asunto imprevisible de carácter trascendente: la voluntad de Dios. Para los vulcanólogos, las autoridades de protección civil y la gente de la ciudad, se trata de un asunto inmanente a la naturaleza cuya predicción es posible con un equipo técnico adecuado.

Las experiencias y las convicciones de unos resultan absurdas e incomprensibles para los otros: la insensatez que un geólogo podría ver en los sueños del tiemperso como método para evaluar la posibilidad de una explosión volcánica de alto riesgo, es proporcional a la insensatez que un tiemperso atribuye a los conocimientos y aparatos con



que los científicos pretenden predecir y calcular una explosión. Es decir, lo que para uno, el geólogo, es mera fantasía cuando piensa en los sueños como revelación, para el otro, el tiempiero, la técnica científica no es sino un juego pretencioso con el que se intenta inútilmente tomarle el pulso a Dios.

Esta es la situación actual: lo que podríamos llamar **imaginarios divergentes** están colocados uno ante el otro con pocas posibilidades de dialogar, cada uno pensando en la realidad que lo sustenta. El asunto es que, como dice Marshall Sahlins, la realidad es un lugar agradable de visitar (filosóficamente hablando) pero nadie ha vivido ahí.